

# SENTIDO DEL PECADO Y DIGNIDAD DEL HOMBRE

CESAR IZQUIERDO

Asistimos en nuestros días a un esfuerzo prodigioso por poner de relieve la dignidad del hombre. Para el tema de nuestra comunicación no es preciso estudiar las modalidades con las que esta reclamación y exigencia de dignidad se presenta, si bien es conocido que no faltan ocasiones en las que esa reclamación se usa como arma ideológica o simplemente política. Ese abuso, sin embargo, no anula la necesidad y validez del proyecto humano de devolverse a sí mismo su valor transaxiológico. Nadie ignora, por otra parte, el papel que la Iglesia ha desempeñado en la lucha por situar al hombre en su verdadero rol, no sólo de señor de la creación, sino de imagen y, sobre todo, de verdadero hijo de Dios<sup>1</sup>.

Por parte de algunos humanistas se ha pensado que la dignidad del hombre era incompatible con la admisión de Dios. Estos consideran a Dios como un punto de referencia absoluto cuya función propia consiste en no permitir la autonomía del hombre, a El unido por una esencial dependencia y subordinación alienantes<sup>2</sup>. Para estos humanismos, en definitiva ateos, el planteamiento del pecado como realidad humana carece, consecuentemente, de todo sentido. Si no se admite a Dios —fundamento «desde arriba» de la dimensión pecaminosa del acto humano malo, cualquier consideración ulterior sobre las relaciones de los actos humanos con el inexistente es vana e inútil. La cuestión a plantear aquí no sería la del sentido

---

1. CONC. VAT. II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, 21 y 22.

2. Cfr. *Gaudium et Spes*, 20; JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso sobre Evangelización y Ateísmo* (10.X.1980): «En un gigantesco desafío, el hombre moderno, desde el Renacimiento se ha levantado contra este mensaje de salvación y ha rechazado a Dios en nombre mismo de su dignidad de hombre» (n. 2: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. III/2, p. 826).

del pecado sino más bien la del sentido de Dios en su planteamiento más radical.

Este fenómeno, no ha quedado circunscrito a un ámbito ateo sino que ha tenido consecuencias entre algunos creyentes que —preocupados, legítimamente, por la dignidad y autonomía del hombre— se han visto invadidos por los argumentos de esa interpretación del humanismo ateo y han creído ver alguna confrontación entre la afirmación de aquella dignidad y la explícita confesión de Dios como principio y fin de todas las cosas. Parece como si «encontraran una secreta connivencia ruinosa de la fe en Dios en nombre de la autonomía y dignidad del hombre»<sup>3</sup>. Este pensamiento, cuya secuencia natural es funcionalizar a Dios desplazándolo al campo de los meros recursos de las personas o doctrinas, se ha concatenado con la secularización de la vida y el materialismo práctico de occidente que ha aportado al hombre una pretendida suficiencia frente a Dios y lo sobrenatural<sup>4</sup>. Es en las sociedades tradicionalmente cristianas donde este fenómeno ha sucedido y permanece. Sociedades que aún conservan en su ser las raíces y, al menos, las formas cristianas por las que han nacido, se han configurado y vivido a lo largo de la historia. Es precisamente en estas sociedades donde, como consecuencia de la relegación de Dios, se ha ido sumergiendo hasta desaparecer, el sentido del pecado<sup>5</sup>. Este hecho ofrece seguramente diversos modos de ser considerado y valorado sobre los que aquí no vamos ni siquiera a ofrecer un resumen. Sólo nos interesa fijarnos en la relación que se ha establecido por algunos entre el pecado y la dignidad humana.

Esta relación o binomio antitético podría resumirse así: el hombre reconoce fácilmente pecados en sus acciones cuando tiene una conciencia disminuía de su dignidad de hombre. Cuando esa conciencia de dignidad crece, necesariamente va acompañada de una

3. JUAN PABLO II, *Ibidem*.

4. JUAN PABLO II, *Discurso a los Obispos de Baviera* (28.I.1983): «Cuando el hombre no ve el pecado como una seria realidad que se da en él verdaderamente, es una clara señal de que su percepción de Dios se ha oscurecido (...) Cuando el hombre reconoce a Dios, se reconoce a sí mismo, su pecado, y se hace capaz de participar de la Redención» (n. 6, en «Documentos Palabra» 26 (1983)).

5. JUAN PABLO II, *Discurso en el acto europeísta celebrado en la catedral de Santiago de Compostela* (9.XI.1982): «Se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes» (n. 2; Cfr. también el n. 3: *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Madrid 1982, p. 285).

liberación del «pecado», la cual consiste en eliminar toda referencia de las acciones humanas a Dios dándoles un sentido nuevo por relación al mismo hombre subjetiva o socialmente considerado. Según esto, la pérdida del sentido del pecado denunciada por los últimos Romanos Pontífices, lejos de ser considerada como un suceso negativo, debería verse como algo positivo y necesario en orden a una conquista total de la dignidad humana. El sentido del pecado, que no viene a ser otra cosa que el sentimiento de culpa, sólo puede existir sobre un sustrato de indignidad humana asumida; luego si se quiere tomar conciencia de la dignidad humana es necesario prescindir del sentido del pecado.

En las líneas que siguen nos proponemos examinar esta cuestión de dos modos: en primer lugar (*aspecto negativo*) haciendo ver que el sentido del pecado —o simplemente, el *pecado*— no se opone a la dignidad del hombre, sino que, más bien, lo que frontalmente choca con esa dignidad es la pérdida del sentido del pecado; en segundo lugar (*aspecto positivo*) examinando cómo el sentido del pecado, o, más objetivamente, la condición de pecador del hombre es un elemento que construye esa misma dignidad humana la cual sufre una verdadera violencia cuando se niega su relación con el pecado <sup>6</sup>.

### *Aspecto negativo*

Se puede negar el pecado pero no el mal que tiene al hombre como fuente. Ese mal es algo presente y evidente, y su causa, una vez perdido o negado el pecado, la causa del mal que el hombre realiza no puede deberse ya a la *culpa*, sino a otros factores menos relacionados de hecho con la responsabilidad: el *error*, los *desajustes* psicosomáticos, la *enfermedad*, etc., los cuales no producen en el hombre «culpas» sino diversos sentimientos no permanentes que no afectan intrínsecamente al hombre. Incluso el sentimiento de culpa sería asumible —y así es estudiado por el psicoanálisis— como un acontecimiento interior que afecta a la motivación pero que carece de relieve moral alguno.

Todas las formas de explicar el mal producido por el hombre, excluida, por supuesto, la culpa, coinciden en el presupuesto de la falta de responsabilidad ante Dios. Pero ¿hay alguna otra responsa-

6. Cfr. «No tengáis miedo». André Frossard dialoga con Juan Pablo II, (trad. castellana, Barcelona 1982), p. 83.

bilidad? De hecho no le quedan al hombre otras que la responsabilidad ante sí mismo y ante la sociedad. Ahora bien, la responsabilidad ante uno mismo, si no hay más elementos de referencia, no puede ser otra cosa que una simple afección movida por el sentimiento. Por su raíz emotiva esta afección es fácilmente diluible en el tiempo o explicada por una coherencia artificialmente impuesta a los actos humanos, la cual, por tener un sustrato ideológico, da *una* explicación de todo. En cuanto a la responsabilidad ante la sociedad tiene como base, a la que todo se reduce en realidad, la de no consistir en más que la posibilidad de ser castigado por las leyes de esa sociedad si las leyes alcanzan con sus penas al sujeto.

Según lo expuesto en el párrafo anterior, el hombre no debería experimentar por su acción «mala» nada realmente definitivo o importante. Sus efectos serían algo subjetivo y transitorio. La responsabilidad sentida, los remordimientos nacerían de un fondo inconsciente, no del todo tematizado, que ofrece aún resistencias a la explicación «redentora» del presente como lo totalmente desligado del pasado y del futuro. En cuanto a la pena de la ley no es sino una contingencia fácilmente doblegable por el poder o la astucia.

Sin embargo la realidad es otra. El hombre comprueba que ni el escapar a la pena de la ley, ni la coherencia explicativa creada le devuelven a sí mismo. Sabe que hay algo suyo perdido, objetivado en su acción, algo suyo que es lo que a ésta le hace ser realmente una *culpa* y no otra cosa. De eso suyo perdido en la culpa le da testimonio al hombre su propia e innegable carencia, que es algo objetivo, que tiene una relación esencial no con algo, con las cosas, sino con Alguien único que es quien puede realizar la *redditio* y la restitución. Esto quiere decir que lo perdido en la acción humana no es una pérdida definitiva como si se tratara de un objeto cualquiera sin el cual se puede vivir de un modo esencialmente igual. No; la pérdida del pecado, por ser una pérdida del sí mismo personal, es algo que pide ser restituído, y si la restitución no tiene lugar el hombre experimenta una degradación cosificante. El lugar donde se halla la dignidad perdida por el pecado —que, en palabras de Juan Pablo II, es «un derroche de humanidad»— es el Tú singular y único, autor de la dignidad, Dios mismo, y sólo El puede devolverla en el perdón otorgado<sup>7</sup>.

7. Cfr. *infra* nota 12. Este perdón es el que para ser recibido exige la conversión: JUAN PABLO II, Bula *Aperite portas Redemptori* «No puede darse salvación espiritual que no pase por la penitencia-conversión» (n. 4).

Una explicación ideológica o una justificación falseada pueden acallar el malestar traído por el pecado pero por ellas nunca se recupera lo perdido ni se restauran las verdades heridas del hombre. Esa restauración —auténtica restauración de dignidad— sólo se puede realizar por el arrepentimiento del hombre, que no le concede el perdón, puesto que no se puede perdonar a sí mismo, pero le dispone a recibirlo. Si el hombre no llega al arrepentimiento, la integridad perdida la buscará por caminos de indignidad: dominio, placer o poder como absolutos en los que sumergirse con los ojos cerrados; o el absurdo egótico y narcisista que se puede aguantar por la simple razón de que la vida es corta.

Negar el sentido del pecado, por otra parte, supone una violencia para el hombre porque se le priva de la posibilidad de perfección y se reduce *su* historia a un discurrir puramente fáctico. Cuando pierde el sentido del pecado el hombre pierde a la vez su verdad de defectible, y correlativamente, de perfeccionable moralmente, y, por consiguiente, al carecer de historia vivida y de proyecto a realizar no tiene más pasado o futuro que un animal o una planta. Y si el hombre no es ni un animal ni una planta se debe principalmente a que en su desarrollo específicamente humano *no es hecho* sino que *se hace* por la libertad que se constituye como ausencia de necesidad o lo que es lo mismo, por la posibilidad de que las cosas sucedan o no, de una forma o de otra <sup>7 bis</sup>. De acuerdo con esto, cuando se priva de su capacidad de actuar mal o de su condición defectible se infringe a sí mismo una violencia interior que se manifiesta subjetivamente como amargura. Si no hay un activismo febril y una ausencia total de silencio interior, el hombre comienza por «aburrirse» y acaba en el hondón de la amargura y del sin sentido de los que no hay salida mientras se siga careciendo de la noción teologal de pecado, verdadera causa de esa violencia. Cuando la violencia así institucionalizada en una persona se entrecruza con una violencia semejante en las demás tiene lugar la violencia institucionalizada y generalizada en la sociedad, así como todos los

---

7 bis. Este hecho se aclara con la conocida distinción entre actos del hombre y acciones humanas. Acciones humanas son, estrictamente, sólo las acciones nacidas de la voluntad deliberada, por la cual el hombre se distingue de los demás animales. «Illae solae actiones vocantur proprie humanae quarum homo est dominus. Est autem homo dominus suorum actuum per rationem et voluntatem» (I-II, q. 1, a. 1). En la q. 13 de esa misma parte de la *Summa* añade Sto. Tomás: «Potest enim homo velle et non velle, agere et non agere: potest etiam velle hoc aut illud, et agere hoc aut illud» (a. 6). Finalmente dice también el Aquinate: «Voluntas per hoc quod vult finem movet seipsam ad volendum ea quae sunt ad finem» (I-II, q. 9, a. 3).

males de la libertad. La consecuencia es que «la dignidad humana sufre lesiones gravísimas»<sup>8</sup>.

En el fondo de la negación del pecado o, si se quiere, en la pérdida del sentido del pecado, hay un error sobre Dios y sobre el hombre<sup>9</sup>. Por lo que a éste último respecta lo que subyace es una comprensión de la libertad que no supera el mecanicismo y que acaba perdiendo la noción de indeterminación de la libertad humana para dar lugar a la necesidad como sustrato de todo. Aquí, una vez más, la razón utópica impone sus esquemas rígidos, su «exigencia violenta de perfección»<sup>10</sup>, para realizar con una necesidad técnica un ideal de antemano pensado, preparado y programado: el hombre que actúa siempre bien porque no se admite un Otro que establezca y valore —también en lo interior del sujeto— la potencialidad perfectiva o defectiva de lo que el hombre decide y realiza. Pero como la técnica no es molde ajustado para la libertad, la razón utópico-técnica que pretende al hombre incapaz del mal libremente querido, ejerce una violencia contra el hombre el cual pierde aquella dignidad propia por la que quedaba separado de todas las demás cosas no humanas. La negación de Dios, expresa o tácitamente implicada en la pérdida del sentido del pecado, acaba por eso siendo un atentado contra el hombre que se ve arrojado al mundo de valores esencialmente relativos<sup>11</sup>.

Con todo no han desaparecido totalmente los motivos de esperanza. Ciertamente el pecado «es siempre un derroche de nuestra humanidad»<sup>12</sup>, pero no es un derroche definitivo mientras el pe-

8. *Gaudium et Spes*, 21.

9. JUAN PABLO II, *Angelus* (7.III.1982): «El hombre pues propende a pensar que en fin de cuentas no es verdaderamente libre y responsable. Está sometido a la tentación de reconocerse a sí mismo como «objeto» condicionado de múltiples maneras como «resultante» de las diversas fuerzas que, desde dentro y desde fuera, no le permiten ser libre. Por lo tanto ¿qué valor tiene la invitación de Cristo a la conversión y a la fe en el Evangelio? ¿Qué sentido tiene la reconciliación con Dios y la penitencia, en la misión continua de la Iglesia? Sin embargo —y quizá también, sobre todo— la invitación se dirige al hombre, a cada uno de los hombres, para que se encuentre de nuevo a sí mismo (...) Para que no eluda su verdadera libertad y su auténtica dignidad. Benditas palabras de Cristo que al poner al hombre ante la exigencia de conversión, volvéis a despertar en él el sentido fundamental de su humanidad» (n. 2 y 3) *Insegnamenti...* vol. V/1, p. 754.

10. Juan CRUZ CRUZ, *Intelecto y razón* (Pamplona 1982), p. 140.

11. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso sobre ateísmo* (cfr. nota 2), n. 8. en *Insegnamenti...* vol. III/2, pp. 830-831.

12. JUAN PABLO II, *Homilía en la parroquia de San Ignacio de Antioquía* (16.III.1980). «El pecado es siempre un derroche de nuestra humanidad, es desperdiciar nuestros valores más preciosos. Esta es la auténtica realidad aún cuando pueda parecer a veces que precisamente el pecado nos permite conseguir éxitos. El alejamiento del Padre lleva consigo una gran destrucción en quien lo realiza, en quien

cador le siga dando a su acción su nombre propio de *pecado*, y a sí mismo el de *pecador*. Gracias a esa sinceridad, «a la conciencia adquirida de la dignidad y de la culpa» puede tener lugar la conversión por la que el pecador muestra que «no ha perdido hasta el fondo la propia humanidad»<sup>13</sup>.

### *Aspecto positivo*

«La noción de pecado a la luz del Evangelio y de la fe es inseparable del valor del hombre, de la dignidad del hombre»<sup>14</sup>. Estas palabras de Juan Pablo II nos introducen con seguridad en el aspecto que queremos considerar: la condición de pecador propia del hombre construye su propia dignidad y es fundamento incluso de una nueva dignidad.

El pecado sólo es posible por la libertad. El pecado es un «acto humano malo»<sup>14 bis</sup>, es decir un acto esencialmente voluntario porque en la voluntad tiene su primera causa<sup>15</sup>. El que peca, pues, muestra su naturaleza libre, por degradada que en el pecado se dé. Por eso no caben pecados en los otros seres de la creación material: ni pueden pecar ni pueden actuar bien y de modo virtuoso porque carecen de libertad. Bien cierto es que quien peca muestra un defecto de su libertad, pero a través del defecto podemos descubrir la posibilidad de bien que ahí se encierra. Mientras el hombre no se entregue definitivamente al pecado, es decir, mientras el hombre no niegue su pecado o pierda el sentido de él, sigue manifestando su libertad, y al mostrar la derrota hace entrever la real posibilidad de la victoria, de conseguir que las cosas sean de distinta manera.

La capacidad de retroceso pertenece a lo esencial de la humanidad. La falta de seguridad en el acierto, incluso el positivo desacierto, permite que se pueda dar el acierto y que éste tenga relieve como tal. A su vez, unidas a esta falta de seguridad están una serie de actitudes que son imprescindibles para la relación del hombre con

---

quebranta su voluntad y disipa en sí mismo su herencia: la dignidad de la propia persona humana, la herencia de la gracia» (*Insegnamenti...* vol. III/1, p. 572).

13. *Ibidem*, p. 573.

14. «No tengáis miedo...» cit., p. 140.

14 bis. I-II, q. 71, a. 6.

15. *Ibidem*, ad 12.

15 bis. 1 Ioh 4,8.

Dios: *alegría* ante la efectividad del bien y la ausencia del mal; *sorpresa* ante el acierto inesperado (¡tan necesaria para entender la actuación de Dios por su gracia!); *admiración* ante la grandeza no predeterminada que Dios hace posible; *esperanza* de alcanzar lo que se pretende. Estas actitudes, en el actual estado del hombre, tienen su condición de posibilidad en el riesgo de la libertad, que consiste en la capacidad de querer el mal, de pecar. Enriquecen al hombre y ayudan a entender su dignidad no como lo hierático y formal de una «persona digna», sino como la imagen arriesgada del Dios que es Amor <sup>15 bis</sup>.

Sobre la capacidad de retroceso, sobre la falta de seguridad en el acierto se asienta, por tanto, el fundamento de una existencia consistente, de una experiencia y conciencia de sí rica y real. Lo que de impredecible tiene el actuar del hombre es lo que permite soñar con superar la técnica, aunque sea la técnica del bien. Eso le exige vigilar para que la prueba que es la vida <sup>16</sup> sea superada no por la fuerza de la inercia sino del modo original y creativo que debe revestir la respuesta a Dios <sup>17</sup>.

Desde otro ángulo también se puede acceder a captar la relación entre dignidad del hombre y sentido del pecado, y es desde la pregunta por el sentido de la vida. Una de las preguntas más radicales que el hombre puede hacerse es la del sentido de su vida, «si ha de ser tal que valga la pena de ser vivida» <sup>18</sup>, —como plantea Juan Pablo II— «si ha de ser *digna del hombre*» <sup>19</sup>. Aquí, por tanto coinciden ambas preguntas, la de la dignidad del hombre y la de la dignidad de la vida que le da sentido a su ser vivida. La respuesta del Papa no se hace esperar: «Cristo nos enseña que la vida humana tiene sentido en cuanto es un testimonio de la verdad y del amor» <sup>20</sup>. Es decir, la verdad y el amor están en la entraña de la dignidad de la vida humana, son los elementos que configuran el sentido de la

16. JUAN PABLO II, *Discurso a los universitarios romanos* (5.IV.1979). En el n. 4 de este discurso el Papa establece la relación entre prueba y responsabilidad. (*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol II/1 p. 805-806).

17. JUAN PABLO II, *Homilía en la parroquia de Santa María Dolorosa* (9.XII.19). «Toda ella (nuestra vida) es un adviento y precisamente por esto es «interesante» y merece la pena ser vivida con plenitud en cada vocación, en cada situación, en cada circunstancia, porque es digna del hombre creado a imagen y semejanza de Dios» (*Insegnamenti...* vol. II/2, p. 1366).

18. JUAN PABLO II, *Discurso a los universitarios romanos* (5.IV.1979), en *Insegnamenti...* vol. II/1, p. 807.

19. *Ibidem*. El subrayado es del original.

20. *Ibidem*. (*Insegnamenti...*, p. 808).



vida y construyen su dignidad. A esa verdad y a ese amor no es ajena la noción de pecado.

«¿Por qué la noción de pecado está ligada a la dignidad del hombre? Porque esta dignidad exige también que el hombre viva en la verdad. Ahora bien la verdad sobre el hombre es que obra mal, que es pecador. Quienes se afanan por tachar la noción de pecado del vocabulario de los corazones y borrarla del lenguaje humano confirman de diferentes maneras esta verdad. Borrar la noción de pecado equivale a empobrecer al hombre en un punto que forma parte de la expresión de su humanidad»<sup>21</sup>. Una explicación, por tanto, del hombre, que prescindiera de su condición de pecador es incompleta y falsa. Al eliminar la noción de pecado se pretende librar al hombre de «una 'conversión' (y, en consecuencia, de la 'penitencia' sacramental). Pero este afán desemboca en el vacío o, mejor dicho, graba el subconsciente con la idea del *mal inevitable* y en cierto modo *normal*»<sup>22</sup>. Lo que viene a continuación es el más trágico de los falseamientos: «La necesidad de no llamar al mal *mal* sino *bien*, a fin de poder sucumbir a él»<sup>23</sup>. La negación del pecado, del concreto pecado del individuo humano, tiende a cosificar al hombre, a reducirlo a un puro dato sin proyecto pasado ni futuro, como ya se vio antes<sup>24</sup>. Por eso la afirmación o el sentido del pecado es un elemento que forma parte del edificio de la dignidad humana que quedaría falseada si no se reconociera así.

Pero además de con la verdad también tiene que ver el pecado con el amor, porque el pecado conocido e identificado como tal abre de par en par las puertas de una nueva y original forma de entregarse que es aquella que se manifiesta como arrepentimiento. No es el pecado un acto de amor, sino más bien lo contrario, algo opuesto al amor; por tanto nunca es deseable pecar. El pecado es siempre en sí mismo un mal sin ninguna excepción, y la vocación del hombre es precisamente a no pecar de ninguna manera, es decir a vivir la caridad, a la santidad. Pero el hombre peca, es pecador: concebido con pecado original no puede evitar absolutamente el pecado a lo largo de toda su vida. Ahora bien, en cuanto pecador —y esto

21. «No tengáis miedo...» cit., p. 83. En su discurso a los Obispos de Baviera el 28.I.1983, decía también el Papa: «Allá donde la palabra pecado se ha convertido en una especie de vocablo desconocido, está faltando la Verdad al hombre. No llega al fondo de su verdadera actuación y con ello pierde la verdadera disposición de cambiar» (n. 6, en «Documentos Palabra» 26 (1983).

22. «No tengáis miedo...» cit., p. 83.

23. *Ibidem*.

24. *Ibidem*, p. 140.

es lo que aquí queremos decir— se le abre al hombre una nueva forma de amor, de una calidad elevadísima. Esta nueva forma de amar es, como ya se ha dicho, la conversión, el arrepentimiento.

El amor lleva a la entrega, al don de sí mismo. El que ama ofrece su amor como un bien —por limitado que éste sea— y el amado recibe ese don como venido del amor. La reciprocidad implicada supone que la aceptación es ya una entrega, a su vez, de su propio amor. Lo propio del don de amor es que no sea debido, —por eso es don— de forma que si entre los que ahora se aman no hubiera existido nunca el amor, si no hubiera habido entrega del don de amor, esa situación no podría ser considerada como una carencia. Ahora bien, cuando el don de amor se pierde porque el que ama deja de entregar su amor, la situación no es comparable con la de quien no ama a otro porque no ha habido posibilidad de conocerle o tratarle, en definitiva, porque no ha habido nunca entrega del amor. A quien se le ha retirado el don de amor se le deja en la situación de ofendido porque si bien nunca el amor es debido, una vez entregado lleva un matiz de irrevocabilidad. Matiz que hace que si se le quita el don ha perdido algo de sí mismo: la entrega anteriormente recibida que podía considerar como suya. A esto se debe el que el arrepentimiento pueda ser valorado como una nueva forma de amor.

El que se arrepiente, es decir, el que reconoce su mala acción y la ofensa infringida, se vuelve al ofendido ofreciéndole, no un puro don de ninguna manera debido sino el don que aquel había perdido y que el ofensor había arrebatado. Es una entrega, la del arrepentimiento, revestida de novedad porque, contra lo que pudiera parecer, no es una vuelta mecánica al mismo amor de antes, sino un ofrecimiento de un amor nuevo, el amor que ha experimentado —también él— el apartamiento del amado y se ha visto en la necesidad de vivir el amor no en términos de entrega sino de separación. Es, además, un ofrecimiento que conlleva una entrega mayor, más abandonada porque no es una entrega para la aceptación del otro —que puede simplemente no aceptarla— como es cualquier disposición de amor, sino una entrega para el castigo, dejada a la posibilidad de que el ofendido corresponda con una pena o con la negación a volver a aceptar un don por segunda vez irrevocable. Si sucediera esto último el hombre permanecería siendo un ofensor y su dignidad humana no se vería restablecida.

Este breve análisis sobre el arrepentimiento como una nueva forma de amor, llevado al arrepentimiento teologal, es decir al arre-

pentimiento por el pecado, sirve básicamente por lo que a la actitud del hombre se refiere, salvando siempre, como es natural, la calidad del ofendido que es el mismo Dios y el carácter sobrenatural del acto de caridad implicado en la conversión. Por lo que se refiere a la reacción del ofendido —Dios— es necesaria una acomodación que el hombre no puede del todo realizar porque pertenece al misterio de Dios. Pero esa acomodación está hecha por el mismo Hijo de Dios hecho hombre, en las parábolas de la oveja y la dracma perdidas<sup>25</sup> y del hijo pródigo: en todos los casos aparece una enorme alegría que se debe celebrar y comunicar por haber encontrado lo que se había perdido: la oveja, la dracma, el hijo: (Este hijo mío) «estaba muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado»<sup>26</sup>. Por eso es necesario celebrar una fiesta que aparece como la fiesta del arrepentimiento, del perdón, de la misericordia que restituyen y restauran la dignidad un tiempo perdida y sólo por ellos recuperada.

Por todo esto el pecado que conduce a la penitencia, el sentido del pecado que lleva a pedir perdón, lejos de rebajar al hombre le otorga una nueva dignidad que es la del hijo *redimido* de Dios<sup>27</sup>.

25. Lc 15,1-10.

26. Lc 15,32.

27. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*: «En el mismo capítulo XV del evangelio de S. Lucas leemos la parábola de la oveja extraviada y sucesivamente de la dracma perdida. Se pone siempre de relieve la misma alegría, presente en el caso del hijo pródigo. La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad del hijo perdido, en su dignidad. Así se explica, ante todo, la alegre conmoción por su vuelta a casa» (n. 6, AAS, 72 (1980) p. 1197). Todo el apartado IV de esta encíclica está dedicado a la parábola del hijo pródigo.

